

# GANIVET O LA SOBERBIA

POR

GONZALO SOBEJANO

La obra en que principalmente se fundamenta el prestigio de Angel Ganivet en España, y dondequiera que se conoce su nombre, es el *Idearium español*, breviario afortunado de opiniones personales sobre la esencia de España, su historia y su porvenir. El *Idearium* es, según la mayoría de los críticos, la obra maestra del escritor granadino. Para el público, en general, la más conocida, junto a las *Cartas finlandesas*, que pronto se ganaron la simpatía de los lectores por su fácil amenidad y el exotismo de sus noticias. Las razones de esta preferencia casi unánime por el *Idearium* son dos. En primer lugar, esta obra y su hermana mayor, *En torno al casticismo*, de Unamuno, son los únicos ensayos de interpretación de España que, a fines del siglo XIX, entre la maraña creciente de programas regeneradores, yerguen una esperanza luminosa en la salvación espiritual del país, pero una esperanza que se abre paso entre la crítica más rigurosa y sincera, como la flor asoma entre las espinas. En segundo término, la forma en que está escrito el *Idearium* granjeóle pronto lectores entusiastas. Y sobre este particular fué Manuel Azaña uno de los críticos que con más acritud han descubierto las fallas y cojeras del pensamiento ganivetiano, quien alegó razones más agudas. Según él, la causa principal del crédito del *Idearium* consiste en que este libro pertenece al género de los que llama "licenciosos", es decir, exentos de rigor, faltos de profundidad en el planteamiento de cada uno de los problemas abordados. Es un libro de lectura llana, que lisonjea al lector por la facilidad especiosa con que éste cree entender de todo aquello que el autor le brinda: estética, arte, psicología, estrategia, historia, filosofía... Con mordaz precisión formulaba Azaña que "el crédito del *Idearium* es igual a la suma de cuanto sus lectores desconocen, multiplicada por la inhibición del juicio al leer" (1). Por su parte, Ortega y Gasset, siempre reservado respecto a esta obra, quizá por no atreverse a derribar el ídolo a que tantos lectores, sobre todo lectores jóvenes, rindieron siempre acatamiento y admiración, incluía a Ganivet en la por él llamada generación de 1857, al lado de Unamuno, Maurice Barrès y Bernard Shaw, y señalaba como notas co-

---

(1) M. AZAÑA, *Plumas y palabras*. Madrid, 1930; p. 113.

munes a todos estos escritores su afán de distinguirse, su manía de ser originales, su personalismo literario y la tendencia irreprimible a opinar acerca de todo, tomando las ideas como puro material al servicio de su intención de literatos (2).

Pero no es preciso apelar al juicio de Azaña o de Ortega, representantes de un frente de la crítica que vino a hacer luz, cierto es, pero también a echar abundantes jarros de agua fría sobre el entusiasmo de los frequentadores del *Idearium*. Basta, a mi entender, comparar esta obra de Ganivet, portadora de indudables méritos intrínsecos, con lo que podríamos llamar el ciclo de Pío Cid, integrado por *La conquista del reino de Maya*, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* y *El escultor de su alma*. Si el *Idearium* plantea el problema del destino de un pueblo aventurando una solución resignada, pero optimista, el ciclo de Pío Cid explora el problema de la finalidad del ser humano, buscando una salida por el camino de la desesperación activa. Dicho esto, no cabe explicarse la preferencia por el *Idearium* más que suponiendo que al hombre español de este siglo le ha importado más el destino de su nación vislumbrado con esperanza, que el destino de su alma individual contrastado sobre la piedra de toque de otra alma combatida y en tiniebla. Pero el "nacionalismo" del *Idearium* ha hecho ya que este libro, a pesar de la nobleza de su intención y de la lozanía de sus ingeniosas y redondas ideas, envejezca. No envejecerá, en cambio, la tragedia del hombre sin fe y en lucha por la plenitud del amor que queda reflejada en las dos novelas de Pío Cid y en el drama final que sirve a éstas de coronamiento, o más bien de "catástrofe", en el sentido técnico de la palabra.

Es cosa admitida que Angel Ganivet se identifica en pensamiento, y a veces biográficamente, con su protagonista: Pío Cid, en las novelas; Pedro Mártir, en el drama. Este personaje, Pío Cid o el escultor de su alma, transparenta la voluntad y el modo de pensar y sentir del mismo Ganivet. Permítaseme, pues, que apele a esta identidad y exponga sintéticamente el problema de Angel Ganivet, o Pío Cid, o Pedro Mártir.

Pío Cid, abogado andaluz, cansado de sus actividades comerciales en Europa, va a parar al Africa oriental, desde donde, conducido más que de sus menesteres mercantiles de su curiosidad de viajero, arriba a las inmediaciones del lago Victoria, al país geográficamente denominado Ruanda y bautizado por Ganivet con el misterioso nombre de Maya. En Maya, territorio poblado de temibles guerreros y peligroso

---

(2) J. ORTEGA Y GASSET, *Caracteres y circunstancias*. Madrid, 1957; pp. 229-239. Los juicios de Ortega datan de 1940.

para cualquier colonizador europeo, según Ganivet pudo leer en los relatos de Stanley durante sus años de Amberes, se establece Pío Cid con categoría de juez y sacerdote supremo, gracias a una estratagema que le procura el azar y mediante la cual los salvajes de aquel país le toman por un “enviado de lo Alto”. Todo el libro de *La conquista del reino de Maya* consiste en la narración de cómo Pío Cid, aunando la crueldad y la piedad, el vigor y la industria, la simpatía al hombre primitivo y el deseo de procurarle un progreso superior, sin confiar demasiado en este progreso; antes bien, recelando de él y criticando de paso mil defectos de la civilización europea, realiza la conquista espiritual de Maya y mejora la prosperidad material de sus colonos.

Angel Ganivet, lo sabemos bien por sus cartas, se preocupó hondamente del complejo que podríamos denominar “Humanidad-Civilización”. Para él la corriente materialista y técnica de la civilización occidental no era una empresa digna de admiración, sino un peligroso movimiento que amenazaba arrebatar a la vida, poco a poco, sus más puros valores estéticos y espirituales. De otro lado, a pesar de su abominación contra el pueblo bruto, la masa, el democratismo y la filantropía hipócrita de los colonizadores europeos —ingleses y belgas sobre todo—, el ideal de la gran familia humana, de la acción verdaderamente humanitaria, le atraía con insistencia. *La conquista de Maya* es un ensayo de ponerse de acuerdo consigo mismo sobre estas dos preocupaciones: el Hombre, considerado en general y ejemplificado en una comunidad de hombres primitivos, incontaminados de európeísmo, y la Civilización, con sus ventajas y sus plagas. El protagonista, enamorado de lo natural, exalta algunas costumbres del hombre primitivo: la creencia ciega en la veracidad de la palabra humana, la concepción poligámica y patriarcal de la familia, la sencillez de su religión y su poesía, la admisión de la muerte voluntaria. En cuanto civilizador, Pío Cid profesa el ideal de la conquista a la española: generosa, desprendida, espiritual. Terminadas sus aventuras, Pío Cid tiene un sueño en el que se le aparece el fantasma de Hernán Cortés, y de labios de este héroe oye Cid estas palabras, que aplacan sus remordimientos y escrúpulos de conciencia: “Conquistar, colonizar, civilizar, no es (...) otra cosa que infundir amor al esfuerzo que dignifica al hombre, arrancándole del estado de ignorante quietud en que viviría eternamente” (I, 658) (3).

Claro es que el conquistador Pío Cid no sólo obra de un modo generoso ni piensa siempre en el bien espiritual de sus súbditos. De ahí sus remordimientos. Junto a la abolición de la servidumbre, la

---

(3) Cito siempre por: A. GANIVET, *Obras completas*, 2 vols., Madrid, 1951.

organización de profesiones y oficios, las medidas higiénicas, la reforma agrícola, el alumbrado público, la supresión de los sacrificios humanos, Pío Cid se ve forzado a introducir la moneda, la pólvora, el alcohol; a permitir los combates cruentos entre fieras y hombres, y a hacer la guerra. Pero es que Ganimet no quería escribir una utopía, sino apurar, en un experimento de invención literaria, hasta dónde era posible el beneficio de la civilización teniendo en cuenta las necesidades del poder y la corruptibilidad y limitación de lo humano.

Como quiera que se valore y explique este libro, para mí es claro que, por debajo de sus pretextos superficiales, declarados por el autor a su amigo Navarro Ledesma (*Epistolario*, carta XIII): “españolismo histórico”, “africanismo” y ataque contra ciertos procedimientos de colonización europea, en él quiso hacer Angel Ganimet la prueba de sus sentimientos humanitarios, comprobar si la colectividad humana puede ser objeto del amor de un hombre y constituir el destino de un individuo. Y el mejor testimonio de esta preocupación es su epistolario desde Amberes, en el que con frecuencia significativa discute Ganimet sobre filantropía, democracia y aristocracia, pueblo, masa, fraternidad humana, socialismo y otros temas afines. Sus ideas a este propósito son, como de costumbre, mudables y contradictorias. Pero predominan las que delatan menosprecio de la sedicente filantropía y odio al credo progresista y democrático. Ganimet, como Nietzsche, exalta la fuerza, la libertad del individuo, y rebaja a la masa. Pero no siempre es Nietzsche su inspirador. Patente es el eco de *El enemigo del pueblo*, de Ibsen. Latente la resonancia del “culte du moi”, de Barres. Y, sobre todo, esta actitud favorable al poderío del individuo y hostil a la vulgaridad rebañiega de la masa, es vivencia y sentimiento del propio Ganimet, resultado frecuente, aunque no definitivo, de sus aproximaciones al problema de la colectividad como objeto de amor. Pues, en efecto, mientras enuncia que “la libertad hay que buscarla en el poder de los hombres fuertes” (II, 900), y despotrica contra “la inmundicia de la democracia” (II, 901), y se burla del cosmopolitismo “que para algunos mentecatos es el albor de la fraternidad humana” (II, 936), no deja de enamorarse de una idea que juzga perfectamente estoica, “menospreciar a los individuos y exaltar la especie, la idea de humanidad” (II, 940), y hasta se complace en imaginar, si bien escépticamente, una sociedad en que las dedicaciones más elevadas hubiesen extirpado el ansia del dinero y de la propiedad privada, pensando que sólo en el seno de una comunidad así sería eficaz un socialismo de dirección espiritual (II, 1016).

Resumiendo, podemos decir que en *La conquista del reino de*